

## Novela

## El milagro

Ignacio Carrión

Mondadori. Madrid, 1990  
173 páginas. 900 pesetas

«**E**L milagro» es la primera novela de Ignacio Carrión (San Sebastián, 1938). Frente a las variadas experiencias cosmopolitas que el autor ha vivido como periodista —corresponsal en Londres y en Washington—, esta novela está enraizada en la más pura posguerra española. El marco espacio-temporal es, desde hace tiempo, bien conocido entre nosotros por tantas novelas localizadas en reducidos ámbitos de provincias en los años de restricciones materiales y de riguroso cerco por una retrógrada vigilancia militar y eclesiástica. El asunto tampoco es nuevo, pues una vez más nos encontramos con las cómicas peripecias de una pintoresca familia burguesa recreadas por la mente de un niño que muestra su admiración o su desconcierto ante hechos y situaciones que sólo a medias llega a comprender.

Esta perspectiva infantil de asombro ante la realidad se manifiesta ya en el capítulo primero con la amable figura grotesca del gordo pastelero de la calle de Colón, quien, exhibido en la acera en tiempo de racionamiento y miseria, constituye un elemento generador del ambiente de farsa que el autor quiere destacar en su obra. Después el narrador procede siempre de forma parecida en los veintiún capítulos en que se divide el texto, acercándose gradualmente a los acontecimientos evocados en un proceso que va desde los detalles externos a la cara interna de los mismos. El motivo central, ya destacado en el título, es la locura de la madre del narrador: sólo un milagro podrá curar su deficiencia mental, achacada a su descendencia de dos primos hermanos. Lo cual da lugar a intervenciones de frailes y monjas con la intención de echar al maligno de aquel cuerpo.

En torno a este motivo aglutinante se encadenan múltiples episodios, cada uno de los cuales se desarrolla en un capítulo y se relaciona con los demás por medio de la misma narradora y la recurrencia de los personajes más significativos. El escollo principal, derivado de las limitaciones inherentes a la perspectiva del yo que recuerda, se salva mediante la ayuda latente de un punto de vista más generalizador que se sirve de los amplios conocimientos del autor implícito. Y la correspondencia casi exacta entre episodios y capítulos confiere a la obra una condición genérica intermedia entre novela algo deshinchada y libro de narraciones ensambladas en sus componentes fundamentales. Está claro que se trata de una novela concebida como una sucesión de estampas o viñetas con bastante autonomía que convergen al final con la visita de Franco al complejo deportivo de aquella playa diocesana de la costa mediterránea. Al mismo tiempo, el final es también el momento en que se impone con toda nitidez la omnipresencia de la muerte.

La novela es así un grotesco retrato de familia en la autarquía española de los años cuarenta. Su visión deformante, con exorcismo incluido, renuncia al esperpento en favor de la farsa, en la cual se recrean excentricidades del fanatismo español de la posguerra y de sus más queridos tópicos: clérigos, militares y una rígida moral vaticana preconciliar en cruzada contra el mundo, el demonio y la carne.

Á. B.

## Un desierto de seda

Campos Reina

Seix Barral. Barcelona, 1990  
189 páginas. 975 pesetas

**E**L comienzo de una buena novela suele anticipar aspectos importantes de su estructura y significado. A veces, el primer párrafo encierra el embrujo de aquella imagen previa que fue el embrión de un mundo novelístico. Tal vez haya ocurrido así con el inicio de la segunda novela de Campos Reina (Puente Genil, Córdoba, 1946), en la cual se confirman las dotes narrativas anunciadas en «Santepar» (1988). Porque, en efecto, al principio de «Un desierto de seda» asoman ya signos de notoria relevancia en la novela. Unos indican la ruina de una mansión y sugieren una prosperidad familiar que entró



en decadencia en un pasado ya lejano; otros anuncian una riqueza de matices en una prosa de cuidado clasicismo que se revela como vehículo eficaz para expresar con sensibilidad neomodernista la descomposición de un mundo ido a comienzos de este siglo. Añádase la suspensión creada por un personaje que regresa y habrá suficientes motivos para atraer la atención del lector desde el comienzo mismo.

«Un desierto de seda» es novela que no defrauda. Al contrario, ya desde el brillante oxímoron del título mantiene una esmerada coherencia en todos sus niveles. La composición está organizada en tres partes. Una introducción y un epílogo, ambos muy breves y contados en tercera persona por un narrador omnisciente, configuran el marco formal del relato de José Flor Maruján, el narrador de «El verano de 1915», que constituye la historia casi en su totalidad. En la introducción se muestra el regreso de José Flor a la antigua mansión de su niñez, después de un largo autoexilio en Oriente. Con este pórtico se crea el ambiente adecuado para el recuerdo del pasado que inunda los ojos del viajero por medio de signos de otros tiempos. La anunciada evocación se lleva a cabo en la narración de José Flor, último descendiente de una familia aristocrática que entró en decadencia a principios de siglo. Con el desorden propio de toda rememoración, que en este caso incluso se confunde con el sueño, José Flor actúa como narrador-testigo de la crisis familiar allá por 1915, cuando él pasó su último verano en aquella mansión provinciana próxima a Sevilla.

La novela se subtitula «Cuarteto de la decadencia». Se puede esperar la aparición de las otras tres obras. Pero, como es lógico, los

membros del cuarteto ya están aquí. Son una tía de costumbres morigeradas y ánimo inquisitorial, un tío a medio camino entre el donjuanismo y el dandismo que ha dilapidado su herencia en los salones europeos precursores de la «Belle Époque» y una prima que se refugia allí de los peligros de la guerra. Junto con su pintoresco secretario, que hace de chófer galante, imita vinos de Madeira, fabrica crucifijos fosforescentes y se llama el Poeta, la figura mejor atendida es la de Pepe Maruján, tío del narrador y maestro de ceremonias de su personal acceso a la experiencia.

Por eso, además de saga familiar, «Un desierto de seda» es a la vez una novela lírica del aprendizaje, en la cual se lleva a cabo la iniciación de José en distintos órdenes de la vida, especialmente en el erótico-sexual. En esto último José actúa como narrador-protagonista de su propia experiencia. Y en ambas vertientes de su narración, para salvar las limitaciones de la primera persona, se apoya en datos del diario de su tío. Con ello y con la alusión que en el epílogo se hace al sueño del personaje narrador se salva la coherencia del discurso y la ambivalencia de José como bisono adolescente en el pasado y narrador maduro en el inconcreto presente narrativo.

Todo resulta eficaz en esta buena novela, salvo en el uso de algunos tópicos. Su marco formal con apertura y cierre permite redondear la creación de un universo novelístico de evidente interés. El planteamiento constructivo con dos narradores favorece la intriga. Las transiciones temporales fluyen con naturalidad en los tres planos: desde un presente situado en la vejez de José Flor, éste recrea los sucesos de 1915 y desde su inexperiencia en aquella época su memoria se remonta a principios de siglo, con ayuda de otras fuentes familiares, propiciando siempre la impresión de fugacidad. La atmósfera decadente emerge de un espacio simbólico de ruina presente concebido como testigo de remotos esplendores. Todo contribuye a resaltar el misterio y el refinamiento de la mansión y sus

*«En "Un desierto de seda", aromas y perfumes, música y baile, conforman un ambiente sofisticado de signo viscontiniiano. Y se descubre a un novelista con extraordinario futuro»*

jardines. Esta orgía de sensaciones se completa mediante cautivadoras descripciones en las que colaboran los sentidos, la naturaleza y el arte: aromas y perfumes, música y baile, paisajes naturales y cuadros con motivos venecianos conforman un ambiente sofisticado de signo viscontiniiano. Allí se produce la exquisita revelación del erotismo y la sensualidad, sobre un marco decadente con la paz del «agradable rescoldo de amargura de los fracasados». Y aquí, en el relato, se descubre un novelista con extraordinario futuro.

Ángel BASANTA